

COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"



# LA LEGION DE LOS DESESPERADOS

Entre las palabras españolas que han pasado a la lengua inglesa está, junto a "siesta", "guerrilla", "camarilla", "junta", "pronunciamento" y otras de análogo jaez, la palabra "desperado", que es nuestro desesperado. Y que equivale casi a la genuinamente inglesa de "outlaw", fuera de la ley, que es nuestro forajido, de origen ésta italiano: "fuoruscito". Y es algo parecido a lo que en el "Cantar de Mio Cid" se llama "salido". Salido fué el Cid mismo, víctima de la "inexorable injusticia de los reyes", como se llama D. Ramón Menéndez Pidal a la de Don Alfonso VI de León. El forajido es, pues, un desesperado, pero porque le han hecho tal.

Y ya estamos en el caso de los presos llamados gubernativos y aun de muchos judiciales, presos acaso por "sospechosos", por profesar y propalar doctrinas sospechosas. Categoría esa de la sospechosidad heredada del ideario inquisitorial y que coloca a la gobernación española fuera del campo de la civilización europea moderna. Esos presos, cuando, al fin, tengan que ser liberados, pasarán a engrosar la encendida legión de los forajidos, de los desesperados, y no agradecerán, no deberán agradecer, su liberación. Porque acaso se les detiene no con otro objeto que el de que luego tengan que considerar su libertad como un favor, como una merced, como una gracia, y que consideren que viven por condescendencia de las autoridades.

En el nobilísimo manifiesto del Ateneo de Madrid se habla del "criterio sistemático de arbitrariedad" de nuestra Policía, que no política; pero hay algo peor, y es que en el actual régimen de despotismo anti-ilustrado y troglodítico a que está sometido el reino de España se nos

quiere inculcar la noción de que la libertad es un don gracioso de los que mandan. Se llega a más, y es a infligir adrede y de propósito una injusticia para dar ocasión a soberanas mercedes, que resultan en semejante caso lo más repugnante a una conciencia honrada.

Pero con ser abrumador el bochorno de esos presos gubernativos, bochorno con que va a entrar el despotizado reino de España en el nuevo año, son más bochornosas las exculpaciones que de ello dan sus autores. En cuanto sueltan a algunos de ellos en Barcelona hay quienes van a cazarlos a tiros, y de aquí deduce el inefable gobernador, con lógica castrense, que no conviene soltarlos. Ni poner a buen recaudo a los cazadores.

Y aún hay más y peor. Son los presos judiciales procesados por estafa, ya que como delito de estafa se "definió" (!!!) en una circular, eterno baldón de la justicia española, de la Fiscalía del Tribunal Supremo, digna de Caifás o de Protopopof, y que en años venideros se sorprenderán los liberales españoles—si es que para entonces queda alguno—de cómo haya podido pasar sin que en el Parlamento se alzara alguna voz contra esa monstruosidad. Consistiendo la infamia de esa orden en que se sabía que esos procesados por esa supuesta estafa no podrán ser condenados por ello; mas entretanto se les tiene detenidos. Es la exquisitez inquisitorial del sistema preventivo.

¿Qué se está logrando con eso? Incubar una legión de desesperados, de forajidos, de salidos. Y cuando, mañana, a esas hordas gubernamentales, a las que el Sr. Maura no logra hacerles respetar el derecho de gentes, se les ocurra—que se les ocurrirá—hablar de unión sagrada, o de patriotismo, o de olvi-

do del pasado, no serán oídas. Y como la barbarie gubernativa, del criterio sistemático de arbitrariedad, de la represión ciega, sabe por instinto—de razón carece—que no será a su vez perdonada en el día de la justicia pública, por eso no sabe contenerse. Atiéndose al "defenderla y no enmendarla", porque siente que es ya tarde para la enmienda sin penitencia. La desdichada camarilla del reino despótico de España sabe que para ella no hay ya perdón, porque se ha obstinado en el delito. El régimen actual no sabe cómo dejar el mal camino, porque fuera de él no ve sino la sima. No puede ya hacerse liberal. Está muerto civilmente; pesa sobre él la muerte civil. Sabe que no puede ya subsistir sino por la injusticia y obra injusticia, a sabiendas de ello, diciéndose que la necesidad no conoce ley.

Y hoy los desesperados son los mejores españoles, son ya casi los únicos buenos patriotas, los que tratan de despertar al sentimiento de la dignidad civil a esta España envilecida y atemorizada, que no apedrea por blasfemos a los fariseos, a quienes no se les cae de la boca la palabra patriotismo, y a los señoritos casquivanos y frívolos, que nos hablan de optimismo, puro camelo en sus labios, pues no saben la significación que ello importa.

Miguel DE UNAMUNO